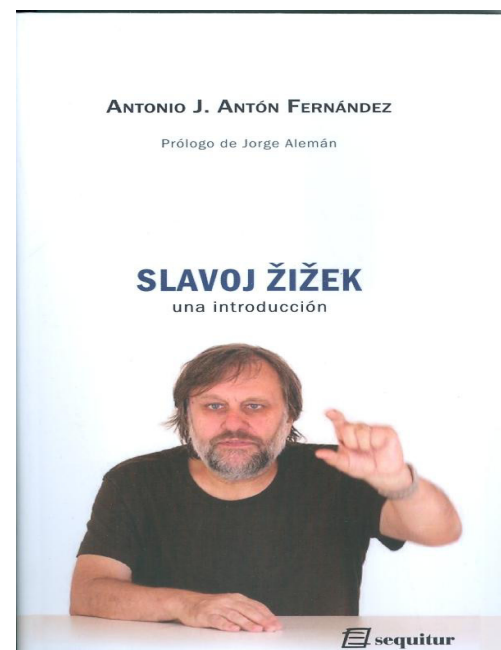


INTRODUCIR a un público amplio en el pensamiento de un filósofo de gran renombre todavía en activo es una labor hartamente delicada. No todos los eruditos estarán de acuerdo con la exposición o con la visión que se ofrece de su pensamiento. Habrá que valorar primero si, al margen de que sea acertada o no la exégesis que haya realizado, ha logrado alcanzar su objetivo, que no es otro que el de dar a conocerlo. Sin duda Antonio J. Antón Fernández ha conseguido con creces cumplir con ese propósito en *Slavoj Žižek, una introducción*. En este libro el autor nos ofrece un retrato del pensador que más polémicas ha desatado en los últimos años sobre cuestiones políticas y económicas en perspectiva filosófica, a la altura de Habermas o Sloterdijk. Su celebridad se debe en gran parte a la dureza y el ensañamiento de sus críticos. Dos recientes obras colectivas en torno a su pensamiento confirman este diagnóstico: *Traversing the fantasy* y *The Truth of Žižek*.



ANTONIO J. ANTÓN FERNÁNDEZ, *Slavoj Žižek, una introducción*, Sequitur, Madrid, 2012, 221 pp. ISBN 9788415707028.

Žižek comenzó a destacar en el panorama contemporáneo, no obstante, gracias a la elaboración de una obra con gran acogida. A pesar de las críticas, son más de treinta los volúmenes que consagran la labor teórica del filósofo eslovaco. Dos rasgos destacan en su filosofía: el carácter atípico de su análisis y su difícil encaje en alguna de las escuelas actuales.

Existen distintas razones que explican, además, sus preferencias poco academicistas. Entre ellas se encuentra su acercamiento al psicoanálisis de la mano de Jacques Lacan. La teoría lacaniana influyó de forma decisiva en el desarrollo de su pensamiento (véase A. J. ANTÓN FERNÁNDEZ, *Slavoj Žižek. Una introducción*, 2012, pp. 83 y ss.) cuando todavía era incomprensible para muchos de sus lectores o era considerada como una rama de la psicología clínica. Su acercamiento a Lacan le valió las críticas de Derrida (p. 24).

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 1
2013/1
ISSN 2255-2022

Zizek menciona –aunque de forma irónica– que quizá su conocimiento de la filosofía contemporánea posee “algunas fallas serias” (p.16). Su rebeldía respecto a quienes le han precedido no suele expresarse explícitamente salvo en algunas obras como la reciente *Less than nothing* (“su esperado ajuste de cuentas con la filosofía hegeliana” [p. 76]). Su pensamiento se caracteriza por la independencia y autonomía, aunque también por la fidelidad a teorías que en la actualidad pueden considerarse ‘desfasadas’. Esto no ha impedido, sin embargo, que sus ideas hayan causado un gran impacto en la política presente, la cual no acostumbra por lo general a escuchar voces como la suya.

Gran parte de su obra ha sido traducida al castellano. En el libro de Antón Fernández se incluye una lista con el número total de los volúmenes disponibles en nuestra lengua. El título de muchos de ellos es algo extravagante:

“Dejadme que os cuente un fantástico chiste antiguo de la época comunista. Envían a un obrero de Alemania Oriental a trabajar a Siberia. Sabe que sus cartas serán leídas por censores, de modo que les dice a sus amigos: ‘Establezcamos un código. Si os llega una carta escrita por mí en tinta

¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood, El acoso de las fantasías, El títere y el enano, Las metástasis del Goce o Irak. La tetera prestada.

La mayoría de las monografías sobre Zizek que se han realizado en los últimos años son –no sorprenderá– una crítica de su pensamiento. Muy pocas ofrecen una exposición del mismo y, por lo general, proceden sin más al despoje. El libro de Antón Fernández es entre ellas una anomalía necesaria.

El propio Zizek ha mostrado su descontento ante la violencia contenida en las críticas que se le dirigen. En el epílogo –con el significativo título “With defenders like these, who needs attackers?”– a *The Truth of Zizek*, el filósofo eslovaco afirma:

“La primera característica que debería destacarse, al menos es la frecuente brutalidad de los ataques (...). ¿Por qué se me elige tan a menudo como blanco de ataque sobre el que se pueden escribir cosas que en cualquier otro caso provocarían inmediatamente un indignado y políticamente correcto rechazo?” (p.14).



En “Concesso non dato”, escrito con el que se cierra el otro volumen colectivo ya citado (*Traversing the fantasy*), Žizek se pregunta:

“Si ponemos aparte los signos de superficialidad y limitada ‘popularidad’, y puesto que mi propia ‘popularidad’ es destacada siempre por mis oponentes para socavar mi posición (filosofía-pop en vez de análisis serio), ¿cuál es mi estatus? (...)” (p.13).

Un rasgo esencial de los ensayos de Žizek es la discontinuidad constante que introduce en los conceptos con los que opera. A pesar de que sean los mismos, el significado cambia, tanto los que toma de otros autores para “distorsionarlos antes de aplicarlos y transmutarlos” (p. 19) como los que no. Algunos especialistas destacan, no obstante, que existe un conjunto de “preocupaciones políticas fundamentales” que constituyen el núcleo de su pensamiento.

azul, lo que os digo es verdad. Si está escrita en tinta roja, lo que os digo es falso’. Después de un mes, sus amigos reciben la primera carta. Toda está escrita con tinta azul. Dice: ‘Aquí todo es maravilloso. Las tiendas están llenas de buena comida. En los cines proyectan buenas películas

Es problemático señalar una postura con la que Žizek pueda simpatizar plenamente. Sin embargo, discursos como el pronunciado en octubre de 2011 en Wall Street —que en seguida comentaremos— permiten discernir una clara identificación con las críticas comunistas al capitalismo.

Tal y como señala Antón en el capítulo cuarto de su libro, los ejemplos y los chistes desempeñan una importante función en el discurso žizekiano. El ejemplo se utiliza corrientemente para ilustrar una idea. Žizek, por su parte, piensa que los ejemplos son caricaturas de otros ejemplos. Con el ejemplo no se hace una digresión o un esclarecimiento, sino que, por así decirlo, se señala otro ejemplo. En una cadena de ejemplos que refieren unos a otros todos se comentan entre sí (p. 78). La interpretación de la noción que se ejemplifica queda cada vez más alejada del sentido original. Frente a la lógica del concepto, la apariencia del ejemplo muestra el significado tácito. El ejemplo pone a prueba el significado del concepto;

no sólo lo dilata al mostrarlo de una forma no teórica, sino que también desvela qué funciones no puede nunca desempeñar. El ejemplo muestra algo que está en el concepto pero que va más allá de él. Al mostrar algo que traspasa el contenido inicial del concepto, “el ejemplo socava aquello de lo que es ejemplo” (p. 77). Cuando se pone al servicio de la crítica, el ejemplo cumple con eficacia este traspaso y socavamiento. Frente a la concepción ‘platónico-idealista’ de los ejemplos, en la que éstos son siempre imperfectos y no pueden reflejar auténticamente aquello de lo que son ejemplos, el enfoque ‘materialista’ los considera como artilugios que desvelan algo del concepto que está oculto. Aún más, en el ejemplo reside un “resto reprimido” que se muestra en el ir más allá del concepto. Pese a ser lo particular, el ejemplo es para Žižek también lo universal: lo que siempre está presente en todos los “universos simbólicos”. Se trata de una “entidad singular que permanece como el

universal en la multitud de sus interpretaciones” (p. 78). Como método de crítica materialista, el ejemplo aparece constantemente en el texto žizekiano.

En el mencionado discurso de Wall Street, el filósofo eslovaco afirmó:

occidentales. Los apartamentos son amplios y lujosos. Lo único que no puedes comprar es tinta roja’. Así es como vivimos. Tenemos todas las libertades que deseamos. Pero nos falta la tinta roja: el lenguaje para articular nuestra carencia de libertad. El modo en que nos enseñan a hablar

“No necesitamos una prohibición porque el sistema de poder ha corrompido incluso nuestra capacidad para soñar. Fijaos en las películas que vemos continuamente. Es fácil imaginar el fin del mundo. (...) Pero no podemos imaginar el fin del capitalismo” (p. 50).

En el mismo sentido, y haciendo uso del chiste, afirma:

“Dejadme que os cuente un fantástico chiste antiguo de la época comunista. Envían a un obrero de Alemania Oriental a trabajar a Siberia. Sabe que sus cartas serán leídas por censores, de modo que les dice a sus amigos: ‘Establezcamos un código. Si os llega una carta escrita por mí en tinta azul, lo que os digo es verdad. Si está escrita en tinta roja, lo que os digo es falso’. Después de un mes, sus amigos reciben la primera carta. Toda está escrita con tinta azul. Dice: ‘Aquí todo es maravilloso. Las tiendas están

llenas de buena comida. En los cines proyectan buenas películas occidentales. Los apartamentos son amplios y lujosos. Lo único que no puedes comprar es tinta roja'. Así es como vivimos. Tenemos todas las libertades que deseamos. Pero nos falta la tinta roja: el lenguaje para articular nuestra carencia de libertad. El modo en que nos enseñan a hablar acerca de la libertad, la guerra contra el terror y demás, falsifica la libertad" (Discurso de octubre de 2011 en *Occupy Wall Street*, citado en *Ibíd.*, p. 51).

Zizek no sólo otorga un singular papel a los ejemplos, sino también a los chistes. En rigor, en el humor está contenida parte de su filosofía. Así lo vemos en el caso de este 'fantástico chiste'. Si bien en el relato la tinta es una metáfora del lenguaje, lo es solo de una de las dimensiones de éste. Es evidente que el lenguaje que utiliza el obrero alemán para describir su vida en Siberia no podía ser sino positivo. No podía expresarse de otro modo. No sólo le faltaba tinta roja para explicar cómo vivía sin que fuera detectado por los censores; carecía, asimismo, de un lenguaje con el que poder evadir el servicio al sistema. De este modo, Zizek pone en funcionamiento su crítica

acerca de la libertad, la guerra contra el terror y demás, falsifica la libertad"

social a través de recursos literarios en los que se refleja una situación que inmediatamente suscita el rechazo del capitalismo. La descripción que el obrero alemán hace de su nueva vida falsifica la realidad no solamente por haber escrito sus palabras en una tinta que tiene un significado que se le ha impuesto —pues no tiene otra opción, salvo la de no escribir ninguna carta—, sino también porque este significado está ya impregnando el poder-decir. Asimismo, el obrero alemán se siente como en su tierra natal. A pesar de encontrarse en Siberia, el obrero reconoce allí su mundo, reconoce sus libertades y carece de un lenguaje con el que expresar lo que no tiene. No puede expresar esta carencia con el lenguaje del capital, y tampoco puede decir que esta carencia sea verdadera o falsa, pues no tiene tinta con la que manifestarlo. El capitalismo también gobierna las relaciones sociales y económicas del mundo oriental. Se trata de otra crítica que

se añade al resto. En el “fantástico chiste” Zizek aúna un conjunto de críticas que, como el ejemplo, traspasan al concepto y lo socavan.

Desde luego es imposible imaginar el fin del capitalismo en una película, pues ésta, en el formato que ha adquirido hoy en el mundo occidental, es un producto acabado de tal sistema económico. Quien consiga mostrar las grietas de tal sistema lo hará en un mundo en que no existan películas con ese formato.

Zizek, pues, se siente muy cercano a la teoría social comunista (p. 64). En la ‘aproximación biográfica’ a Zizek, Antón Fernández detalla su formación filosófica y el comienzo del desarrollo de su pensamiento. Heidegger, Derrida o Lacan fueron decisivos en su acercamiento a la filosofía. Más tarde combinó la lectura de estos autores con las de otros en principio muy distintos. En el segundo capítulo de su libro Antón expone algunas de

las nociones esenciales de la ontología política de Zizek, destacando a continuación la influencia del psicoanálisis en su interpretación de Marx.

Difícilmente puede decirse que Zizek defienda en *El sublime objeto de la ideología* —obra publicada en Europa ‘occidental’ inmediatamente después de la caída del muro de Berlín—, una ‘posición marxista sistemática’. No obstante, comparte

“los principios teóricos y prácticos ‘clásicos’ de la tradición marxista, y por encima de todo comparte la convicción de que el capitalismo no es el horizonte último de la historia, sino que de hecho es un sistema condenado a no ser capaz ni de afrontar los problemas críticos que se vislumbran en el futuro inmediato, ni de mantener el idilio con la democracia liberal que, al menos oficialmente, se le atribuía” (p. 142).

Para Zizek la ideología no es un “sistema de falsas creencias, impuestas por la clase dominante y sin contacto con la realidad, sino más bien el conjunto de agencias que impulsa a los sujetos a actuar del modo en que lo

hacen *pese a saber qué implicaciones tienen sus actos*” (p. 143). Esta tesis, que Antón expone a partir del capítulo dedicado a las influencias propiamente marxista en Žizek, concibe, pues, que la ideología no es ningún tipo de sistema de creencias. La ideología no es algo respecto a lo cual existe una fe ciega impuesta por un órgano político o religioso, ni tampoco un conjunto de dogmas aceptados de forma acrítica sobre la realidad material. Es, más bien, “aquello que *los sujetos efectivamente hacen* en relación a sus creencias y la creencia *del Otro*” (p. 159).

Žizek se oponía durante la década de los noventa a la idea de que el mundo actual podía caracterizarse como “post-ideológico” o “post-político”. En el transcurso de ese periodo con el que más tarde rompería al acercarse a una “política de vanguardia” (p. 206), el filósofo eslovaco pensaba que lo “post-político” era un “régimen de colaboración entre tecnócratas y empresarios, ‘más allá de ideologías’, clausurado dentro del marco de tolerancia multicultural y con la gestión de los *intereses en conflicto*

como tarea única a realizar” (p. 144). La ‘post-política’ constituye uno de los “cinco momentos dialécticos de negación de lo Político”. El resto de negaciones de lo Político son: la ‘archi-política’, la ‘para-política’, la ‘ultra-política’, la ‘meta-política’.

Žizek encuentra en la afirmación de que el mundo actual se halla en un estadio post-ideológico una forma ideológica propia del capitalismo tardío. Al mismo tiempo, la fórmula ‘post-ideología’ es para él errónea por cuanto señala un fenómeno sólo aparente: no se trata de que se haya ‘superado’ un sistema de creencias sobre la realidad material. Si el mundo actual sigue siendo presa de la ideología es porque es inevitable que los sujetos reproduzcan el sistema y a la vez tengan conocimiento de ello. Saben que lo hacen y que no pueden oponerse a ello.

Si la idea misma de un mundo material preconstituido que actúa como contenido erróneo del supuesto sistema de creencias carece de significado, la predicación de la fórmula ‘post-ideología’ resulta necesariamente absurda.

Ese mundo material no es el que gobierna y aferra al sujeto. La creencia falsa nace y se mantiene porque el sujeto está enraizado en tener-que-hacer algo a pesar de que, si pudiera, lo repudiaría. De ahí que la ideología no sea una imposición de una clase dominante sobre otra dominada, sino más bien eso que los sujetos dominados perfectamente conocen. Žizek invierte aquí la noción tradicional de ideología como aquello que se ignora o permanece oculto para unos y es explícito para otros. Su noción de ideología, ligada siempre a una propuesta de subversión, refiere a lo que en el chiste sobre el capitalismo hemos visto que Žizek denomina ‘tinta roja’. No es nada fortuito que Antón transcriba el chiste de Wall Street al comienzo de su obra y exponga la teoría de la ideología de Žizek al final. La tinta roja representa lo que los sujetos no pueden hacer y lo que saben que no pueden hacer. El sistema impulsa a los sujetos a actuar de una manera y no de otra, pero éstos saben que *no pueden comprar tinta roja*. Y pese a su plena conciencia sobre este hecho no pueden

subvertirlo *porque no tienen tinta roja*. Saben que no pueden comprarla y expresan la imposibilidad de expresar su libertad mediante un lenguaje no libertario. El resultado es una distorsión de lo real *que llevan a cabo los propios sujetos que son presa de la ideología*. Son los sujetos-agentes los que reproducen la ideología al actuar del modo en que lo hacen. Por mucho que sea el sistema el que impide que exista libertad para expresar la inexistencia de libertad, los sujetos conocen perfectamente dicha inexistencia, aunque no pueden expresarla como quisieran.

La ideología es, en suma, ese “conjunto de agencias” (p. 161) (restricciones) que impulsan al individuo a no poder dejar de actuar en contra de lo que él mismo con plena libertad rechazaría. Es el conjunto de artefactos que *no le permiten expresar que no puede expresarse libremente* y que le empujan a expresarse de otro modo. El problema es, pues, que no puede liberarse de esa opresión.

Como vimos más arriba: “No necesitamos una prohibición porque el sistema de poder ha corrompido incluso nuestra capacidad para soñar”.

Antón señala en el epílogo que a pesar de que Žizek no promueve una defensa a ultranza de la democracia, la concibe como un “potencial emancipador” (p. 206). Si se evaden las tradicionales complicaciones introducidas por el capitalismo —el cual no es connatural a los regímenes democráticos, como ha demostrado el comunismo chino—, ese potencial nos permitirá repensar la Política con mayúsculas. Evitando el “estatus fechtizado de la Democracia” (p. 208), las formas de lucha emancipadora de inspiración comunista podrán convertirse en revoluciones propiamente democráticas.

Víctor Páramo Valero